



*“Nosotros esperamos, según la
promesa de Dios,
Cielos nuevos y nueva tierra,
un mundo
en que reinará la justicia”*

(Lema sacerdotal)

P. MARIO LEONFANTI

(†) 27-XI-1993



Nació el P. Mario en la ciudad de Rosario de Santa Fe el 24 de noviembre de 1942. Fue bautizado en la parroquia de Santa Rosa. Sus padres debieron trasladarse a Buenos Aires. Se relaciona, entonces, con la comunidad salesiana, primero en el colegio San Francisco de Sales, donde terminó sus estudios primarios, y luego en el colegio Don Bosco, donde continuó los secundarios.

Fue allí donde —al ir conociendo la figura de Don Bosco y su proyecto—, sintió nacer en su corazón la vocación salesiana y sacerdotal. En 1959 ingresó al Aspirantado de Bernal; 1962 fue el año de su Noviciado y el 31 de enero de 1963 consagró al Señor su vida y su juventud, poniéndola al servicio de los jóvenes “pobres y abandonados”.

En Bernal estudia filosofía y magisterio, luego hace el tirocinio en el Aspirantado de Ramos Mejía. Y en 1968 es enviado a Roma para comenzar los estudios teológicos junto a otros 25 salesianos argentinos. De allí escribía al P. Inspector Mario Picchi: “Le hago llegar la bendición papal recibida con la emoción que se imaginará, en una audiencia general, la del 2 de octubre, donde el Papa habló del espíritu de pobreza en la Iglesia.”

De este período de su vida se podría decir que fue para Mario el tiempo de la maduración:

- En lo personal, en el sentido de irse planteando con más claridad sus dudas, sus respuestas y su búsqueda en orden a un ministerio sacerdotal vivido con autenticidad y para el cual no se sentía con la suficiente preparación.

- En el campo de la formación, preocupado por lograr que este tiempo fuera un camino vivido con seriedad y apertura.

- En lo eclesial, buscando una Iglesia conforme al espíritu de Jesús, servidora de todos, con una opción clara y valiente por los más pobres.

Muchos recuerdan aquella consigna que Mario tenía sobre su escritorio de estudiante: “nada de lo humano me es indiferente”. Y que él vivió con mucha intensidad. Le gustaba el cine. Dirigió varias obras teatrales. Le interesaba la política, la economía. Seguía con cariño la campaña de su equipo favorito Newells Old Boys, de Rosario.

Y así fue haciendo camino en esos años. Siendo siempre franco y transparente, encontró en sus formadores y en sus amigos el diálogo profundo que lo ayudó a madurar en su vocación sacerdotal. De esta búsqueda resultó favorecida su opción por el sacerdocio, privilegiando el compromiso de vivir al servicio de los más pobres. Decía en una carta del 16 de enero de 1969: “...le renuevo mi agradecimiento por todo lo que la Congregación y la Inspectoría hacen por mí y me empeñaré en retribuir tales beneficios...”

De regreso a Buenos Aires completó los estudios teológicos en la Facultad de Teología de la Universidad Católica. Hasta que llegó el tiempo de su ordenación. En la carta de petición, decía: “...Creo que ha llegado el momento de dar un paso más en el servicio del pueblo de Dios, al que considero haber sido llamado. Es por eso que oficialmente presento ante Ud., mi petición para ser ordenado en el orden de los presbíteros. No hago este pedido basado en mis fuerzas sino en la ayuda de Dios que estoy seguro no me faltará en la medida en que sea fiel a su voluntad. Considero también que una parte significativa del pueblo de Dios desea y me pide que dé ese nuevo paso. Soy consciente de que mi decisión la tomo en momentos difíciles para la Iglesia y para el sacerdocio, por ser momentos de búsqueda de una imagen más auténtica del sacerdote. Me siento comprometido en esa situación, pero creo que están dados los elementos fundamentales para que la voluntad de Dios sobre mi vida aparezca claramente orientada hacia el ministerio presbiterial”.

La conclusión de sus estudios y el pedido de ser ordenado coincide con el hecho de encontrarse su padre gravemente enfermo. Fue así como el 14 de julio de 1973, el Obispo de Morón, Miguel Raspanti lo ordenó sacerdote en la Parroquia Santa Julia de Buenos Aires. El 21 de ese mes fallecía su padre habiendo vivido la alegría de ver a su hijo sacerdote.

Y comienzan aquí sus 20 años de fidelidad al Señor y a su pueblo desde el ministerio de presbítero.

El Centro Domingo Savio en el barrio La Cava (Béccar - Bs. As.) en el que había comenzado a trabajar desde su regreso de Roma y en el que vivió durante el año 1974, fue uno de los primeros campos de su acción pastoral entre los más carenciados. Allí se intensifica su presencia en medio de los inmigrantes paraguayos a través del Equipo Pastoral de los paraguayos en la Argentina (EPPA).

En 1975 pasó a la comunidad de Ntra. Sra. de los Remedios —en Floresta— barrio eminentemente popular. Fue luego Director de esa Casa Salesiana desde 1979 hasta 1984. Allí puso su fuerza en la animación de la comunidad y de la promoción de los laicos.

En ese lugar lo encuentra el año 1976 durante la noche más oscura y más larga en la Argentina de este siglo. Reinaron entonces las desapariciones, la persecución, la tortura y la muerte. Tan dura realidad le pide a Mario ser coherente con su lema de ordenación “cielos nuevos y nueva tierra donde reinará la justicia”. Y cuando el miedo y la sospecha paralizan el corazón y la sensibilidad de muchos argentinos, Mario comenzó a escuchar un clamor cada vez más grande que surgía desde el dolor de miles de compatriotas. Por eso no dudó cuando se le ofreció la secretaría del Movimiento Ecuaménico por los derechos humanos (MEDH), tarea en la que volcó toda su energía, su capacidad de análisis, su actitud de escucha, su palabra orientadora, su corazón de hermano. Con un oído en el Evangelio y otro en el pueblo.

Tarea no exenta de innumerables riesgos. Lo recordamos siempre camino del encuentro con aquella Comisión de la OEA venida para constatar lo que realmente ocurría en el país. Mario, delgado y frágil, llevando en sus manos los documentos que atestiguaban que la noche argentina seguía cosechando vidas y sembrando dolor. Por ese tiempo surgen los talleres de apoyo para los hijos y familiares de los desaparecidos y que funcionaban los fines de semana en las instalaciones de la casa salesiana. En ellos Mario y un equipo de personas comprometidas seriamente con la vida y la justicia volcaron toda su capacidad y cariño.

Daba gusto escucharlo relatar las peripecias que pasó junto con otros sacerdotes y jóvenes aquella noche en la que estuvo preso en una comisaría de Buenos Aires. Habían participado en una marcha exigiendo respeto a los Derechos Humanos y fueron arrestados. En aquella comisaría pudo sentir por experiencia propia y en pequeña proporción lo que estaban sufriendo tantos argentinos.

Pero salió renovado de aquel calabozo, porque “los cielos nuevos y la nueva tierra”, la búsqueda de la justicia, de la tolerancia y del respeto por la vida había anclado profundamente en el corazón de Mario, seguidor de Jesús.

Una característica de la vida de Mario fue la búsqueda de lo esencial; de aquello que va dando un sentido hondo a la propia vida e iluminado las opciones.

El período que pasó en Roma fue para él bastante difícil. Era el inmediato posconcilio con sus planteos nuevos no del todo afirmados, con estructuras eclesiales que crujían ante el cambio y sus exigencias; con personas que, aferradas a la seguridad que les daba el pasado, temían ante las propuestas nuevas.

¿Cómo atravesó Mario esa tormenta?

Fue en ese entonces donde tomó contacto con el carisma de la unidad expresado y vivido en el movimiento de los focolares. Para Mario esta experiencia de unidad fue un don de Dios que lo marcó para siempre. Allí encontró, unidas, coherentes y explícitamente vividas una serie de intuiciones que él llevaba desordenadamente en su corazón.

Lo esencial de la fe cristiana se le hizo evidente: Dios querido y buscado por sobre todas las cosas. La unidad, como el proyecto fundamental de Jesús. El hermano. La cruz y su abandono. María y su camino de fidelidad. La fe vivida en comunidad de hermanos. La mirada más allá de las fronteras de la Iglesia.

Nada de esto era nuevo para Mario. Pero el Señor le dio la gracia de percibirlo de una manera distinta e iluminadora. Y Mario recibió con este don del Señor algo que no habría de perder nunca, ni aún ante pruebas mucho más difíciles: era posible creer en la promesa del Señor, porque Dios continuaba fiel a su pueblo más allá de toda tormenta.

También su vocación salesiana al servicio de los jóvenes pobres, encontró —desde el carisma de la unidad— una solidez y una certeza que antes no poesía. Percibió, desde lo esencial del Evangelio de Jesús, la riqueza y la actualidad del carisma de Don Bosco y la urgencia de vivirlo sin ninguna mediocridad.

Más tarde, ya como sacerdote, mantuvo estrecha relación con los religiosos y presbíteros vinculados al movimiento de los focales. Allí nutrió una veta fundamental de su corazón de creyente: la búsqueda de la unidad y del ecumenismo. Es así como comparte con otros la iniciativa de generar —entre 1987 y 1989— espacios de encuentro y de reconciliación entre sectores que habían sido antagónicos en la década del '70.

En su último trabajo “la unidad de los pueblos, desafíos para la Argentina”, concluye: “tenemos la convicción de que por naturaleza y por redención ya somos uno. Los antagonismos a superar son tan reales como la unidad. El cristiano debe rescatar a ésta de las tinieblas y hacer que brille entre los hombres, para que todos crean en Aquel que la hizo posible al precio de su cruz”.

Coherente con este pensamiento colaboró en la creación de la Escuela de Estudios Sociales de ese movimiento donde fue profesor desde 1984. Allí pudo volcar, a partir de su experiencia, lucidos análisis sobre la realidad y las metodologías de acción.

Fue también muy solicitado por otros organismos. El Centro de Investigación y Acción Social (CIAS) lo encontró entre sus colaboradores. El P. Oliva, s.j., escribía: “...unas letras para darle gracias a Ud., y a la Congregación por la ayuda tan grande que ha significado para nosotros los paraguayos la presencia del P. Mario Leonfanti. Estamos felices de tenerlo y lo considero como un hermano formidable. En mi nombre y en el de todo el Equipo le queremos agradecer este regalo de Dios que es tenerlo entre nosotros...” (17.12.1975).

También el Obispo Bogarín, desde Asunción, le rogaba al P. Inspector que lo enviara al Paraguay para una reunión regional. Y concluía así: “...la presencia del P. Mario Leonfanti es muy valiosa y si no fuera por él creo que no andaríamos bien...” (7.7.1975).

Después de concluir su período como Director de la Casa Salesiana de Floresta, pasa en 1985 a dirigir una nueva presencia salesiana en barrios obreros de Zárate (Provincia de Buenos Aires).

¿Qué ocurrió?

Mario dio, con este paso, un giro profundo en su opción por los más pobres. Se le había sugerido la posibilidad de asumir la dirección de una obra salesiana muy importante de la Capital Federal. Como siempre pensó, oró, se hizo aconsejar y pidió ser enviado a la nueva presencia de Zárate,

Su período en esta ciudad —hasta 1990— fue de una gran fecundidad pastoral. Zárate quedó para siempre en su corazón de pastor. Sobre todo porque fue allí donde pudo concretar en forma cercana y comprometida la opción por los más pobres.

Muy consultado como persona de consejo, pudo también compartir su sabiduría y su profundidad evangélicas en las homilías dominicales recordadas con mucho cariño por tantos cristianos de las comunidades eclesiales de base.

Zárate fue también para Mario el tiempo de la prueba. Se dieron situaciones comunitarias donde el conflicto se hacía insoluble. Además su salud era precaria, como siempre, y por último, la necesidad de asumir él solo esta nueva presencia durante buen tiempo.

Es de este momento una frase suya que sintetiza la situación que se vivía. Les dijo en una reunión a los dirigentes de las comunidades: “después de este tornado salgamos a juntar las chapas y las maderas que han quedado y comencemos de nuevo a construir la casa”. Porque la hora de la prueba lo encontró firme en su confianza puesta en el Reino que va adelante y el Espíritu que construye y reconstruye mil veces a su Iglesia.

Este fue también el tiempo de la paciencia: La infinita paciencia de Mario que lo ayudó a aguantar tormentas y contrariedades sin perder la paz ni la serenidad, y al mismo tiempo, sin dejar de buscar caminos nuevos para el Reino de Dios y su justicia.

Más tarde, con el correr de los años va asumiendo otras responsabilidades. En 1986 es nombrado consejero inspectorial. En 1991, concluido su período como Director, deja la nueva presencia de Zárate y es designado Delegado Inspectorial para la Pastoral Juvenil. Lo recordamos en esta misión por su aporte decisivo en la elaboración del Directorio Inspectorial, del proyecto educativo pastoral salesiano, en la reorganización inspectorial y en el área de la pastoral juvenil.

Pocos meses estuvo como Delegado. En julio de 1991 el Señor lo abre a una perspectiva totalmente nueva. El Rector Mayor pide que Mario acompañe al nuevo Obispo de Neuquén, Agustín Radrizzani: "Sé que se trata de un sacrificio muy grande para la inspectoría..." decía el P. Viganó: (21.6.1991).

Mario aceptó gustoso esta propuesta que le daba ocasión de servir a una tierra que quería mucho y en una misión con muchas expectativas.

Con generosidad y cariño se dedicó a colaborar con el nuevo Obispo. Peor el problema pulmonar que arrastraba desde niño se iba haciendo ya muy notable; y si bien ello le impedía acompañarlo habitualmente en sus giras apostólicas, no por eso dejó de desarrollar con amplitud el don de consejo que el Espíritu Santo le había regalado. Le ofrecía al Señor con humildad su enorme pena por no poder dar más. Le parecía poca su entrega y por ello siempre pedía perdón.

En febrero de 1993 regresó a Buenos Aires muy debilitado. Sus familiares quisieron tenerlo con ellos y le prodigaron los mejores cuidados. Como el mal no cedía fue internado en la clínica San Camilo. Allí, con un eficaz tratamiento médico se repuso un tanto; pero fue una efímera recuperación. Poco tiempo después fue internado nuevamente; había llegado a su máxima limitación física.

Estos meses fueron para Mario el tiempo del despojo y la purificación. Había vivido en profundidad todos los tiempos y circunstancias de su vida en la formación, con tantas inquietudes y cuestionamientos. En la lucha por los derechos humanos junto al dolor y la angustia de los familiares de los desaparecidos. En la pastoral de los migrantes paraguayos. En Zárate y las comunidades eclesiales de base. En Neuquén ayudando a su obispo y amigo.

Y Mario, a quien a veces le costaba expresar lo hondo de su comunión con Dios, vivió esos largos meses en profundidad y hacia adentro. Fue un tiempo de silencio y de búsqueda interior.

Algunos se preguntaban qué pasaría en su corazón de creyente en este tiempo de despojo. Hasta dónde la poda que el Viñador estaba haciendo de su planta no perjudicaba el proceso mismo de purificación. El, tal vez, sintió que no era bueno guardar para sí el momento de Dios que estaba viviendo; y así, con frases sueltas e imágenes fue expresando su interioridad:

—"camino con el chasis de la fe..." como expresando que con la poda había desaparecido todos los elementos agradables y estimulantes del acto de creer. Caminaba hacia el Padre —porque nunca dejó de hacerlo— pero ahora a la intemperie y con el viento en contra.

—"mi relación con el Señor, es, en este tiempo, implícita": como de dos personas que se han tratado mucho, que se conocen bien; sin muchas palabras, en lo profundo del ser.

—"me costó recibir la Unción de los enfermos" ...era la búsqueda sufrida y luchada palmo a palmo. A Mario no le fue fácil la vida. Luchó por su salud que nunca fue muy buena. Luchó por sus ideas. Luchó por una Iglesia más conforme al Evangelio de Jesús: Luchó como Don Bosco por la causa del pobre. Y también —este momento en que se le ofrecía la Unción de los enfermos—, fue para él un momento de lucha quizá nunca pensado. Mario, el gran organizador, el que no dejaba detalles sin tener en

cuenta, el que calculaba todos los pasos, no sospechó nunca que esta última lucha interior no la tenía pensada, no había pasado por sus cálculos. Y fue entonces, igual que al luchador ante una situación incómoda, cuando le surgieron a Mario los reflejos de la fe. Y con ellos venció.

“Al principio sentí como una oposición dentro mío. Después lo pensé mejor, a la luz de la fe, y les dije que sí...” fue su última batalla, la que nunca había pasado por su corazón de creyente. Y la ganó. Y también aquí, con toda seguridad lo acompañó el cariño y la oración de tantísimos amigos que aún sin poder visitarlo lo tuvieron presente en todo momento. Como el luchador que gana gracias también al aliento de sus seguidores.

Pero a pesar de los cuidados médicos y de la cercanía de los suyos, su salud hizo crisis. Y el sábado 27 de noviembre el Señor lo recibió con amor en su casa.

Este último momento fue el tiempo de la fidelidad de Dios.

Cuando muchos temían que sus dificultades respiratorias le acarrearán unos últimos momentos de mucha inquietud, el Señor puso su mano, y la vida de Mario se fue apagando en silencio, como se apaga el cirio cuando ya no tiene más cera para consumir.

Y tal vez, como si se repitiera aquella experiencia mística de Juliana de Norwich, Cristo en la cruz le dijo:

*“Todo acabará bien: todo acabará bien:
todo, todo sin dejar nada... Acabará bien”.*

Como si al organizador detallista de proyectos pastorales, al hermano que supo conjugar el respeto al método con el respeto a la persona, el Señor le hubiera dicho: “Este último momento te lo organizo yo; no te preocupes”.

Por eso sus últimas palabras fueron, mirando el crucifijo: “Vamos... y pronto”.

Acababa de cumplir los 51 años de edad.

*“...y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontrará a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar”.* (Machado)

Dios bendijo a la inspección de Buenos Aires en la persona de Mario. Con él hemos entendido un poco más la necesidad de comprensión, de escucha, de valorización del otro. Su don de crear comunidad, de unir corazones, de contagiar alegría y esperanza nos ayudan en el camino de Jesús, servidor de sus hermanos.

Una palabra de agradecimiento a cuantos lo atendieron con tanto esfuerzo y cariño. Un gracias al P. Fernando Montes que colaboró en el trazado de su semblanza.

Y una oración por esta comunidad inspectorial. Que sepamos mantener la memoria de estos grandes discípulos de Don Bosco, para poder aportar nuestro granito de arena en la construcción de “los cielos nuevos y la nueva tierra”.

Santiago Negrotti
Inspector salesiano
y Comunidad inspectorial.

P. Mario Leonfanti, sdb.

Nació en Rosario el 24 de noviembre de 1942

Falleció en Buenos Aires el 27 de noviembre de 1993

Tenía 51 años de edad; 30 de profesión religiosa y 20 de sacerdote.

*Como valiosos testimonios de su grandeza espiritual,
agregamos dos cartas del querido P. Mario.*

Carta del P. Mario Leonfanti
a las comunidades eclesiales de base de Zárate,
escrita un año antes de su fallecimiento.

Queridos amigos de Zárate (¡Todos!... cada uno y cada comunidad ponga su nombre)

Se acerca la Navidad y no quiero que pase sin hacerles llegar un cariñoso saludo desde Neuquén.

Hace mucho que les debo estas líneas (incluso varios me han escrito a lo largo de estos meses y yo... mudo). Es un viejo vicio mío: no escribir a los amigos. Fernando me manda siempre noticias frescas que me llenan de alegría (o me hacen compartir algún sufrimiento de Uds.). "La voz de la comunidad" me hace vivir y revivir tantos momentos compartidos y muchos otros soñados juntos y ahora hechos realidad. ¡Qué grande es Tata Dios! (como le dicen por acá).

Les ruego que nunca (ni en conjunto ni individualmente), interpreten mi silencio como olvido. Cuántas veces me escuchan decir por acá: "...allá en Zárate..." (fueron seis años hermosos e intensos que no se terminan nunca de asimilar: están allí a flor de piel, a flor de labios...).

Les cuento que cumplí 50 años: le agradecía mucho al Señor por todo y por todos: Ustedes estaban allí.

Mi salud no es una pinturita pero trato que lo sea. En eso me ayudan mucho mis amigos de por acá (incluso mi hermano médico).

El bueno del obispo Agustín comprende mis límites y yo trato, en lo que me da el cuero, de serle útil. Y así vamos adelante.

Bueno, sé que andan diciendo y proyectando muchas cosas lindas para Uds. y para los demás, sin que falten las consabidas y necesarias dificultades.

Por eso les deseo una Navidad que renueve su coraje y entusiasmo. Si El se viene a patear con nosotros Todo vale la pena (al menos así me lo enseñaron Uds. que saben de la Vida y de la Muerte).

¡Un abrazo grande para todos y cada uno!

¡Feliz 1993!

*Con todo afecto,
Mario.*

Neuquén, 2 de enero de 1993

Querido Padre Juan (Cantini):

Me siento el hijo pródigo escribiéndole a su padre... Silencio para Navidad, ausencia de "mi" tanda de ejercicios espirituales (¡querían ser los de los 50 años!), silencio para año nuevo...

Este año no ha sido bueno para mi salud; lo estoy terminando sin haberme podido recuperar de las crisis de junio-julio. Es más, creo que estoy peor. Todos los estudios (estoy muy bien atendido) dan normales; pero yo no tengo "fiatto" para nada. Le llaman astenia; los momentos raros son aquellos en que me vuelve cierta energía. El kilaje sigue bajando muy lentamente. Esto sería un cuadro desalentador si no fuera porque en estos últimos días se ha comenzado a aclarar la raíz de este cuadro... pero como Dios me quiere, me he encontrado con un equipo ("dúo", en realidad) de magníficos profesionales (gente de Iglesia para tranquilidad de todos), que en realidad son los que han terminado de armar el mosaico que ya habían comenzado a armar los médicos clínicos con sus estudios, la homeópata (en Buenos Aires) y finalmente yo, que propuse una consulta psicológica como para descartar situaciones similares a lo que me pasó en el 85, apenas llegado a Zárate y que me llevó a frecuentar a Vaamonde.

En síntesis: comienzo el 93 bastante mal (casi "inútil para todo servicio"), pero con mucha esperanza de que en uno o dos meses recuperaré mi normalidad psicofísica, dado que han aparecido las puntitas de la madeja.

Cuento con sus oraciones (y su comprensión). Quiero decirle también que en todo este tiempo he descubierto más "empáticamente" el aspecto valioso del sufrimiento al servicio del Reino. Otro descubrimiento del mismo estilo: el valor de la Eucaristía celebrada "da solo"; siempre me había resistido, pero hace prácticamente seis meses que no puedo celebrar para los fieles; lo hago en mi cuarto, con la familia a veces (sobre todo los domingos); y así, como un don, he descubierto que cuando celebro, sea solo, sea con mi familia, no estoy cumpliendo una práctica devocional personal, o de tipo capellanía familiar, sino que celebro en nombre y para toda la Iglesia.

Usted sonreirá de que a los casi 20 años de sacerdocio descubra vitalmente esto, pero es así. Regalos de Dios que ayudan a sentir que sigue presente en nuestras vidas aún cuando el grito que más nos sale es: "Por qué me has abandonado?" (¡Cuánto me ayuda en esto lo aprendido con los Focolares...! lo que Chiara llama: el Jesús abandonado, que es preciso amar en los otros, en la sociedad y en uno mismo...)

Estoy esperando la agenda inspectorial para "bichar" los cambios... Por aquí tenemos varios... (qué distintas se ven las cosas cuando uno cambia de "colina"... lo importante es no olvidarse que todo sirve para el Reino...!)

Me despido con un fuerte abrazo y mis deseos de un pacífico y fecundo 1993 para su misión en la inspectoría.

Fraternalmente:

Mario